



The illustration depicts a young woman with long, dark, wavy hair and a serene expression. She is wearing a green t-shirt with brown suspenders. Her hands are crossed over her chest, holding a small, round, vintage-style compass. The background is a vibrant, stylized landscape with a blue sky, white clouds, and a green foreground. Various birds are shown in flight: two large blue birds with yellow beaks and wings are prominent on either side of the woman's head; several smaller birds, including sparrows and a hawk, are scattered throughout the sky. In the foreground, several fish are swimming in a stream or river, with a yellow fish being particularly noticeable on the right side.

El verano en que llegaron los lobos

Patricia García-Rojo



fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en www.fundacion-sm.org

LITERATURASM•COM

Primera edición: abril de 2023

Dirección editorial: Berta Márquez
Coordinación editorial: Patrycja Jurkowska
Dirección de arte: Lara Peces
Cubierta: Cinthya Álvarez

© del texto: Patricia García-Rojo Cantón, 2023

© Ediciones SM, 2023

Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ISBN: 978-84-9856-908-7

Depósito legal: M-8269-2023

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para Leo,
que antes de ser niña
fue una rana.*

Mi abuelo era una bandada de gorriones y, cuando empeoró la guerra, voló. Mi abuela era una bandada de herrerillos y, cuando los años y la memoria se perdieron, voló también.

En mi pueblo no tenemos cementerio porque todos vuelan antes de morir. Pero Tomás no.

La noche que vi luces en la isla, Tomás murió y dejó un cuerpo. Él, que era un corzo, no pudo huir.

A veces las cosas no suceden cuando quieres ni como quieres. A veces pasas años esperando y el deseo se convierte en una especie de cárcel.

El verano que vi luces en la isla, yo esperaba muchas cosas. Esperaba, por ejemplo, que me hubiesen aceptado en la universidad. Y eso significaba acudir todos los martes al colmado para ver llegar al cartero, como hacían otras chicas del pueblo.

Me daba vergüenza. No quería que el resto de vecinos pensase que yo también estaba colada por Mario. Sí, el nuevo cartero era guapo y moreno. Y tenía ese aire irresistible de galán que veíamos en el cine de verano del pueblo de al lado, que era más grande que el nuestro, pero a mí me parecía un presumido.

Mario venía con su motocicleta roja, puntual cada martes, anunciándose como un ángel redentor. Se engolaba en cuanto giraba la esquina de la plaza y en eso se notaba que era una bandada de jilgueros.

A mí no me interesaba Mario, me interesaban sus cartas. Y la mía nunca llegaba.

Aquel verano también esperaba otras cosas. Algunas grandes y otras pequeñas. Esperaba que mi padre aceptase que quería irme del pueblo; esperaba que Samuel bajase a la playa por la tarde y encendiese la radio para escuchar la radionovela que estaba de moda; esperaba que Alicia y Clara me viesan tal y como era, y no como querían que fuera; esperaba encajar de alguna manera, aunque fuese para despedirme... Pero es difícil encajar en un pueblo de pájaros.

Es difícil encajar cuando eres un ciervo.

Ana. Me llamo Ana.

Mi padre, Berto, y mi madre, Rena.

Vivimos junto al acantilado. Las ventanas de mi cuarto dan al mar y a la isla. Puedo ver la pequeña isla de Tomás desde la cama. Su pared escarpada, las rocas que la rodean... y luego el verde, el verde profundo del bosque que la habita. Por las tardes, cuando cambia la marea, puedo ver la cala que hay bajo el pueblo y escuchar el ruido de la risa de los pocos bañistas.

Mi padre es hijo de gaviotas, por eso él también puede convertirse en cuatro gaviotas fuertes y emprender el vuelo hasta su barca. Siempre cuenta historias de mis abuelos paternos, de cómo se conocieron en pleno vuelo, de cómo anidaron en el pueblo, de cómo construyeron la torre de nuestra casa, de cómo al principio no teníamos puerta porque nadie la utilizaba.

Yo no llegué a conocerlos y ya quedan pocas casas en el pueblo sin puerta. La mayoría de los vecinos viven más tiempo como humanos que como pájaros.

Mi madre es hija de gorriones y herrerillos. Mis abuelos maternos eran dos bandadas. Mi abuelo voló para siempre antes de que yo naciera, pero recuerdo cómo me hacía reír de pequeña el vuelo de herrerillos de mi abuela, cuando se enredaban entre mi pelo y me picoteaban con cariño las orejas.

Como mi abuelo, mi madre es una bandada de gorriones. Treinta y seis gorriones molineros de mejillas blancas. Cuando trabaja en el huerto y algo la asusta, se transforma en pájaros como una niña, como si aún no supiese controlarlo. Pero ella es un poco así: justifica cualquier falta desde la ternura y su deseo de bondad tiene más fuerza que ella.

–No ha sido para tanto, Ana –suele decir, limpiándose las manos en la falda–. Son adolescentes, no se lo tengas en cuenta.

Resulta fácil decir cosas así cuando eres un pájaro.

Pero yo nací ciervo.

—Tenías los ojos enormes y negros la primera vez que lloraste —cuenta mi padre—, y el pelo suave y canela. Te cogíamos en brazos cuando eras un bebé tierno y delicado, pero en cuanto te convertías en ciervo, correteabas por casa chocándote feliz con los muebles, sostenida por esas patas largas e inseguras.

—¿Qué vamos a hacer con un ciervo? —preguntaba entonces mi abuela—. La niña no podrá volar.

Hasta el día en que se elevó para siempre como una bandada de herrerillos, pude ver en los ojos de mi abuela esa pena escondida. Yo no podía volar. Yo era diferente.

Soy diferente.

Y todos lo saben.

En el pueblo vivimos 127 personas.

123 son pájaros.

No tenemos ayuntamiento ni juzgado, no tenemos oficina de correos ni banco, no tenemos colegio ni instituto, no tenemos convento ni cementerio.

Tenemos, eso sí, una iglesia con su plaza.

Y árboles.

Y torres.

En un pueblo habitado por pájaros no pueden faltar los árboles ni las torres.

—Cuando yo era chica —decía mi abuela—, todos entrábamos volando por los torreones y las arcadas de las plantas altas. ¡Cómo han cambiado las cosas! Tan civilizados, tan civilizados... ¡Tu generación olvidará convertirse en pájaro, ya lo verás!

Para ella solo existían los pájaros. Incluso a mí me trataba como a uno, aunque no pudiese volar. No le importaba que hubiera gente en el resto del planeta capaz de transformarse en otros animales. El mundo, para ella, pertenecía a los pájaros.

Cuando descubrí que no era la única incapaz de alzar el vuelo, me hice amiga de Tomás.

Un corzo y un ciervo tienen muchas cosas en común. No importó que él tuviese cincuenta años y yo solo fuese una niña. Los dos entendíamos el silencio. Los dos podíamos quedarnos quietos mirando algo fascinante durante horas. Los dos recorriamos la isla saltando entre las peñas, oliendo el verde y el mar, buscando brotes tiernos bajo las ramas de los árboles.

—Has nacido vieja —suele decirme Alicia.

—He nacido ciervo —respondo yo, con más orgullo del que siento.

Ella es una bandada de tórtolas y, aunque nunca lo diga en voz alta, me desprecia.

En un pueblo tan pequeño como el mío tienes dos opciones: o hacer pandilla con los que tienen más o menos tu edad, o quedarte sola.

Y lo segundo es mucho más difícil que lo primero, aunque no lo parezca, porque compartes la misma furgoneta todos los días para ir a clase, te sientas por las tardes en la misma plaza y te bañas en verano en la misma playa. No hay manera de escapar.

Bueno, sí. Crecer, como Samuel.

Samuel ya tiene diecinueve años y ahora los demás consideran que es un hombre, porque pasa los inviernos en un barco en los mares del norte, porque ahora solo lo vemos en verano. Samuel, que es dos cormoranes enormes y negros, es el único que comprende mis silencios.

Para Alicia, en cambio, soy solo una circunstancia incómoda. Nacimos el mismo año, con dos días de diferencia. Ella, al llorar, se convirtió en tórtolas, y yo en ciervo. Mi madre siempre insiste en que debemos ser amigas, en que nos unen más cosas de las que nos separan. Pero lo cierto es que solo cumplimos años la misma semana y vivimos en el mismo pueblo. Para lo demás somos totalmente distintas.

Alicia vive enamorada del cartero porque sabe que nunca lo conquistará. Ha tenido varios novios el último año y, las pocas veces que vamos al cine de verano en el pueblo de al lado, le pone ojitos a todo el que la mira durante más de medio segundo. Habla alto, ríe a carcajadas, se pone a bailar la primera en las verbenas y siempre tiene algo que decir. Además, es guapa y morena, de pelo largo y ojos verdes.

Pero a mí me agotan su energía y su crueldad.

Porque Alicia puede llegar a ser muy cruel. Cruel con todo lo diferente, con todo lo que escapa al orden que ella cree que deberían tener las cosas. En su ridícula frivolidad, soy ciervo porque no quiero volar.

Y Clara acaba bailándole el agua. Ella, que es una bandada de reyezuelos, se hace cómplice de cualquiera de sus ideas. Tiene el pelo rubio y rizado en una melena desordenada que la hace parecer una amazona. No importa que tenga un año menos que nosotras: para Alicia, Clara es todo lo que yo debería ser.

Siempre van las dos con las cabezas juntas, cotilleando y riendo, inventando fiestas y buscando la forma de comprometer a alguien para que haga algo que no le apetece lo más mínimo.

–Si me paro, me duermo –suele decir Clara, mientras salta las olas.

Y Raúl en todo la imita. A sus quince años, sus siete gavilanes siguen a Clara en vuelo certero, directo, en picado.

–Se muere por sus huesos –comenta Alicia cada vez que lo observa.

Yo no lo tengo tan claro. No me parece que Raúl esté enamorado de Clara. Me parece que quiere ser como ella, que quiere crecer rápido para alejarse de los niños del pueblo, para que nadie dude de su hueco en la pandilla de los mayores.

Raúl no quiere ser como Samuel, callado y quieto, no quiere irse a pasar el invierno a un barco helado. Raúl quiere ser un sol, quiere convertirse en el rey del verano. Su cuerpo fibroso y atlético es toda una declaración cuando trepa por las rocas del acantilado.

Teo y Laura le van a la zaga. Los mellizos de trece años suman juntos cuarenta y dos herrerillos indistinguibles en su vuelo. Son pelirrojos y pálidos, por lo que pasan más tiempo con las pecas quemadas que blancos de crema. El curso que viene entran al instituto, y se han despedido ya de los niños del pueblo para pegarse a nosotros. No hacen ningún esfuerzo por parecer mayores. Son pájaros revoltosos. A Teo no le importa lo que pensemos de él y Laura... Laura ya ha aprendido que su mejor baza para encajar en nuestro grupo es evitar imitarme.

Así que sí. Tengo amigos. Quiero creer que tengo amigos.

Pero a veces me gustaría elegir una soledad donde no me sintiese tan sola. Una soledad donde no resultase distinta.

Cuando cae el sol y, entre bromas, todos vuelan a la isla para darse un último baño, Samuel me mira, me tiende el transistor en el que suena mi radionovela y se aleja. La mancha negra de sus dos cormoranes es lo último que veo.

Entonces recuerdo a Tomás.